

La formación de personas consagradas

Liliana Carolina Esmenjaud Zermeño

Doctora en Educación.

Introducción

Todo proyecto educativo debe tener bien definidos, como señala Pereira¹, los aspectos de identidad (plano ideológico: ¿quiénes somos?), las metas y logros que se desean alcanzar (plano pedagógico: ¿quiénes queremos ser?) y establecer la estructura adecuada para hacer factibles dichos logros (plano organizativo: ¿cómo nos organizamos?). Por ello, en este artículo se abordan los temas sobre la identidad de las personas consagradas, sus metas educativas y la manera como se organizan sus centros de formación.

La explicación que se ofrece al respecto, está tomada de diversos documentos emanados de la Iglesia católica, a quien pertenece este estilo de vida, así como de la experiencia personal de quien lo ha vivido durante 19 años.

I. La vida consagrada en la Iglesia católica

1. Los estados de vida en la Iglesia

En la Iglesia católica existen tres tipos de vocaciones, o estados de vida, que pueden ser consideradas paradigmáticas, debido a que todos los bautizados, bajo uno u otro aspecto, se incluyen en alguna de ellas: la vocación a la *vida laical*, al *ministerio ordenado* y a la *vida consagrada*².

Los *laicos católicos* son aquellos a quienes les es propio «el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios»³. Para cumplir con esta misión no necesitan ningún tipo de consagración extra fuera del sacramento del bautismo y de la confirmación.

¹ Cf. M.N. PEREIRA, *Esquemas didácticos de educación centrada en valores*, Ed- Trillas, México D.F. 2004, 63.

² JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata* sobre la vida consagrada y su misión en la iglesia y en el mundo, 1996, n. 31.

³ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 1964, n. 31.

Los *ministros ordenados* (diáconos, sacerdotes y obispos), además de estos dos sacramentos, reciben la consagración en la Ordenación para administrar los sacramentos, pastorear a las almas y enseñar la Palabra de Dios⁴. Por su parte, las *personas consagradas* reciben una nueva y especial consagración que, sin ser sacramental, las compromete a abrazar —en el celibato, la pobreza y la obediencia— la forma de vida practicada personalmente por Jesús y propuesta por Él a sus discípulos⁵. Los *laicos* tienen como aspecto peculiar, si bien no exclusivo, el carácter secular, los *pastores* el carácter ministerial y los *consagrados* la especial conformación con Cristo virgen, pobre y obediente⁶.

Según la doctrina tradicional de la Iglesia, recogida en el canon 588 n. 1 del Código de Derecho Canónico, la vida consagrada, por su naturaleza, *no es ni laical ni clerical*, y por consiguiente la «*consagración*» tanto de varones como de mujeres es un estado completo en sí mismo, que se caracteriza por la profesión de los consejos evangélicos, es decir, por el compromiso, ya sea por medio de votos o de promesas, de vivir en pobreza, castidad y obediencia. Por esto, tanto los *laicos* como los *ministros ordenados*, pueden pertenecer a la *vida consagrada*, existiendo, en la Iglesia católica, *ministros ordenados seculares, ministros ordenados religiosos, religiosos o consagrados, laicos consagrados y seglares o laicos*.

Al considerar estos estados de vida, hay que tener en mente lo que dijo Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Christifideles laici* n. 55:

En la Iglesia-Comunión, los estados de vida están tan unidos entre sí que están ordenados el uno para el otro. Su sentido profundo es el mismo y único para todos: ser una manera de vivir la común dignidad cristiana y la vocación universal a la santidad en la perfección del amor. Las modalidades son a la vez diversas y complementarias, de manera que cada una de ellas tiene su fisonomía original, que no se ha de confundir, y, al mismo tiempo, cada una está relacionada con las otras y a su servicio.

En este capítulo se profundizará sobre el significado y la misión de la *vida consagrada* dentro de la Iglesia.

2. La vida consagrada, un estilo de vida

Lo primero que hay que tener en mente es que las personas que profesan este estilo de vida no lo consideran como una carrera o profesión, como pu-

⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, n. 31.

⁵ Cf. *Ibidem*.

⁶ Cf. *Ibidem*.

diera ser la medicina o la abogacía para el médico o el abogado, sino como una forma de vida, basada en los valores Evangélicos⁷, que afecta a toda su persona. La vida de consagración, por tanto, no se entiende como una ocupación, sino como la respuesta a un llamado por parte de Dios. Quien entra en ella lo hace respondiendo a una vocación personal⁸ para poder dedicarse totalmente a servir a Dios y a los hombres⁹.

3. Un estilo de vida presente a lo largo de la historia de la Iglesia

La vida consagrada hunde sus raíces en el Evangelio, y ha estado presente en cada época de la Iglesia¹⁰. «Jesús mismo, llamando a algunas personas a dejarlo todo para seguirlo, inauguró este género de vida que, bajo la acción del Espíritu, se ha desarrollado progresivamente a lo largo de los siglos»¹¹, siempre conservando lo esencial: la entrega total de la persona a Cristo, a través de la profesión de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia¹².

De esta manera, buscando sus orígenes se ve que mientras Jesús anunciaba su mensaje a todos, simultáneamente elige a doce para que aprendan a vivir con él y como él (Mc 3,13-14), de manera que puedan actuar como él y en su nombre (Mc 3,15)¹³.

En el siglo III de nuestra era¹⁴ aparece la vida monástica, que sigue presente todavía hoy tanto en oriente como en occidente¹⁵. El monacato es un fenómeno universal que se encuentra también en otras religiones: estaba muy extendido desde hacía siglos en la India, tanto entre el hinduismo como en el budismo; en el mundo de la cultura helenista surgen asimismo grupos de pitagóricos y de neoplatónicos que practicaban una intensa vida de corte monástico; y entre los judíos, estaban los esenios y los terapeutas, dos gru-

⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 14.

⁸ Cf. *Ibidem*.

⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 20.

¹⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 5.

¹¹ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 29.

¹² Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 14.

¹³ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, (Curso breve de vida consagrada), Publicaciones Claretianas. Madrid 2005, 14

¹⁴ Cf. J. RATZINGER, «Los movimientos eclesiales y su colocación teológica» Conferencia que pronunció el 28 de mayo de 1998 al inaugurar en Roma el Congreso mundial de los movimientos eclesiales, organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos, 1998, 14.

¹⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 6.

pos con «alma monacal», que no estaban bien vistos por el judaísmo oficial. Quizá el grupo más próximo al monacato cristiano sea el de los esenios que desaparecieron un siglo antes de emerger los monjes cristianos¹⁶.

El *homo monasticus*¹⁷ (Cabra, 2005) en general quiere concentrarse en lo Absoluto, partiendo de la dualidad espíritu/ materia, sagrado/profano, unidad/dispersión, vida interior/vida exterior. Elige normalmente la primera parte de cada binomio, lo que comporta una opción por el ascetismo o la renuncia. Teniendo esto en común con los demás tipos, el *monacato cristiano* se mueve por motivaciones específicas basadas en la singularidad de Cristo, al que se imita y desde cuyo seguimiento se quiere alcanzar a Dios.

Entre los grandes protagonistas del *monacato oriental* se puede citar al maestro de los eremitas, *San Antonio Abad*; al promotor de la vida cenobítica o comunitaria, *San Pacomio*; y a *San Basilio*, paladín de la vida cenobítica e impulsor de la proyección del monacato al servicio de la Iglesia¹⁸.

En *Occidente*, por su parte, el monacato llegó más tarde, atravesando por las siguientes etapas, conforme lo especifica Cabra¹⁹:

San Martín, obispo de Tours († 397): es el monje-obispo que pone el monacato al servicio de la evangelización y de la pastoral en las zonas rurales de Francia.

San Agustín, († 430): promotor de la vida común del clero; parte de la caridad, porque desde ella se facilita la práctica de la pobreza, del celibato y de la formación.

San Benito († 550): según el cual, el camino hacia Dios se lleva a cabo por medio de la obediencia a la regla y al abad. El monje es aquel que *ora et labora*.

San Columbano († 615): quien promueve un monacato marcado por la austeridad, donde el ideal del monje es la *peregrinatio*, el dejar la patria, en su caso, Irlanda. Su monacato es penitente e intransigente, misionero y emprendedor.

Abadía de Cluny (910): que desde el primer momento fue puesta directamente bajo la autoridad del Papa. Con Cluny, además, llega la interpretación litúrgica del monacato: el *ora* prevalece sobre el *labora*. Los monjes se dedican a la alabanza continua, mientras que los laicos trabajan para ellos.

¹⁶ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 22.

¹⁷ P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 22.

¹⁸ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 24.

¹⁹ Cf. *Tú, ¡Sígueme!*, 25-26.

San Bernardo (s. XII): gran impulsor de la reforma ascética y contemplativa dentro del cenobitismo, llamada el *monasterium novum* del Císter.

En Oriente, el monacato se mantendrá como la única forma de vida consagrada, lo que otorgará a su iglesia un carácter monástico permanente y claro²⁰. Por el contrario, la forma monástica de vida consagrada dominará en Occidente hasta el s. XIII, y a partir de ahí comenzarán a florecer nuevas maneras que cambiarán el rostro de la cristiandad occidental²¹.

En el s. XIII surgen las órdenes mendicantes, especialmente los dominicos y los franciscanos, pero también entran en esta categoría los carmelitas y los agustinos. Estas órdenes, como dice Cabra²², supusieron una gran novedad en su tiempo y un gran cambio en la historia de la vida consagrada y de la Iglesia. Algunas de sus características son la *pobreza mendicante*; su *organización* caracterizada por la movilidad, la centralización, y la democratización de las formas de gobierno; y su *pastoral* tipificada por la *apostólica vivendi* forma que se concreta por medio de la predicación itinerante “sin dinero ni alforja”, tal como la proponen los evangelios de Lucas y Mateo en los discursos de la misión.

Con estas órdenes, surge la *vida mixta* (contemplación y apostolado) que sigue el ambicioso programa de transmitir a los otros el fruto de la propia contemplación.

Con la reforma de Lutero (siglo XVI), en la que se rechaza abiertamente la vivencia de los votos de pobreza, castidad y obediencia, se da en la Iglesia católica el fenómeno de la multiplicación de fundaciones y de proyectos de reforma. Es la época en que surgen los capuchinos, barnabitas, somascos, ursulinas, camilos, carmelitas...²³.

Particular relieve adquiere la *Compañía de Jesús*, fundada por San Ignacio de Loyola y sus compañeros, que tiene un carácter novedoso y que será un modelo para muchas otras congregaciones²⁴. Para Ignacio el centro de todo es la misión, atendiendo en todo momento a las necesidades de la Iglesia. La Compañía acepta los desafíos que presenta el humanismo y la nueva racionalidad, la reforma protestante y los descubrimientos geográficos, y asume los nuevos campos de misión. Todo se orienta hacia la misión: la oración, la vida comunitaria, la preparación cultural específica, etc.

²⁰ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 26.

²¹ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 26.

²² Cf. *Tú, ¡Sígueme!*, 53-54.

²³ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 63.

²⁴ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 64.

En el mismo siglo XVI, surge la figura de San Felipe Neri quien reúne en torno a sí a un grupo de sacerdotes diocesanos que trabajan con los jóvenes, se comprometen a practicar la vida común, estableciendo entre sí sólo un vínculo de obediencia²⁵. El oratorio de San Felipe Neri se convierte en el prototipo de las *sociedades de vida apostólica*.

San Vicente de Paúl (s. XVI y XVII), por su parte, representa el ideal del servicio a los pobres (*diakonia*). Tuvo una gran influencia sobre las congregaciones del s. XIX²⁶ que pondrán a la caridad en el centro de todo, dedicándose a atender todos los tipos de pobreza, y que se distinguen entre sí por la devoción que identifica a cada una: al Sagrado Corazón, a San José, etc. Entre 1815 y 1965 surgirá prácticamente una respuesta religiosa para atender a cada necesidad²⁷.

También, siguiendo al mismo autor, puede afirmarse que muchas congregaciones del s. XIX acusan la influencia de *San Ignacio de Loyola* en los aspectos organizativos y de *San Vicente de Paúl* en el espíritu de servicio y en la dedicación a los pobres. Muchas otras asumieron algunos elementos de la espiritualidad de *San Francisco de Sales*. Estos tres santos ejercieron una gran influencia sobre la vida religiosa por espacio de tres siglos.

Hablando sobre el s. XIX, Ratzinger²⁸ nos dice que:

El movimiento apostólico del siglo XIX ha sido sobre todo un movimiento de carácter femenino, en el cual se pone un particular acento sobre la caridad, la asistencia a los pobres y enfermos. Todos conocemos lo que las nuevas comunidades femeninas han significado y significan todavía para los hospitales e instituciones asistenciales. Pero también tienen una importancia notable en la escuela y en la educación, en cuanto que en la armónica combinación de caridad, educación y enseñanza se manifiesta en toda su variedad de matices el servicio evangélico. Si se da una mirada retrospectiva a partir del siglo XIX, se descubre que las mujeres siempre han estado presentes en los movimientos apostólicos de forma determinante. Basta pensar en audaces mujeres del siglo XVI como María Ward, o por otro lado, Teresa de Ávila, en ciertas figuras femeninas del medioevo como Hildegarda de Bingen y Catalina de Siena, en las mujeres del séquito de San Bonifacio, en las hermanas de algunos Padres de la Iglesia, y finalmente en las mujeres mencionadas en las cartas de San Pablo o en las que acompañaban a Jesús. Aun no siendo nunca presbíteros ni obispos, las mujeres han siempre compartido (sic) la vida apostólica y el cumplimiento del mandato universal que les es propio.

²⁵ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 66.

²⁶ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 67.

²⁷ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 67.

²⁸ «Los movimientos eclesiales y su colocación teológica», párrafo 31.

La primera mitad del siglo XX se caracteriza por una nueva conciencia eclesial de los laicos. Así nacen y se afirman *movimientos laicales* de todo tipo, tales como la Acción Católica entre otros. Surgen, también en esta época, los *institutos seculares*: una nueva forma de consagración sin salir de las realidades mundanas²⁹, dándose así los *laicos consagrados*, o la consagración en el mundo «cuyos miembros quieren vivir la consagración a Dios en el mundo mediante la profesión de los consejos evangélicos en el contexto de las estructuras temporales»³⁰.

El P. Agustín Gemelli (1878-1959), fundador de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, en Milán, se expresaba así: «Hacen falta organismos cuyos miembros, imbuidos por un lado del espíritu de inmolación propio de los institutos religiosos y del ardor corporativo y disciplinado de las congregaciones, tengan al mismo tiempo la prontitud, la facilidad de movimiento, el arrojo, la preparación técnica y cultural de la vida moderna y, así, puedan trabajar apostólicamente en el mundo»³¹.

Esta inquietud tomó vida a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965), cuando un gran número de movimientos y realidades eclesiales nuevas han surgido en la Iglesia, dándose un florecimiento de la *vida consagrada en el mundo*.

4. Un estilo de vida caracterizado por la vivencia de los consejos evangélicos

El primer objetivo de la vida consagrada es «*hacer visibles* las maravillas que Dios realiza en la frágil humanidad de las personas llamadas»³² y esto lo hacen no con palabras, sino con el testimonio de su vida a través de los consejos evangélicos³³ de castidad, pobreza y obediencia.

Los consejos evangélicos, con los que Cristo invita a algunos a compartir su experiencia de virgen, pobre y obediente, exigen y manifiestan, en quien los acoge, *el deseo explícito de una total conformación con Él*. Viviendo «en obediencia, sin nada propio y en castidad»³⁴, los consagrados confiesan que Jesús es el Modelo en el que cada virtud alcanza la perfección. En efecto, su

²⁹ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 72.

³⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 10.

³¹ Citado por P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 73.

³² JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 20.

³³ *Ibidem*.

³⁴ S. FRANCISCO DE ASÍS, *Regula bullata*, I, 1.

forma de vida casta, pobre y obediente, aparece como el modo más radical de vivir el Evangelio en esta tierra³⁵.

En este contexto, la castidad es entendida como una manifestación de la entrega a Dios con *corazón indiviso* (cf. 1 Co 7,32-34)³⁶. La pobreza, por su parte, manifiesta que Dios es la única riqueza verdadera del hombre y «vida según el ejemplo de Cristo que “siendo rico, se hizo pobre” (2 Co 8,9), es expresión de la *entrega total de sí*»³⁷. Finalmente, la obediencia,

practicada a imitación de Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34), manifiesta la belleza liberadora de una dependencia filial y no servil, rica de sentido de responsabilidad y animada por la confianza recíproca, que es reflejo en la historia de la amorosa correspondencia propia de las tres Personas divinas³⁸.

Cada familia de vida consagrada (llámese instituto, congregación, movimiento, etc.) tiene su forma específica de vivir los consejos evangélicos. Compete a la jerarquía eclesial admitir y aprobar las reglas propuestas por cada una de estas familias y estar presente con su autoridad vigilante y protectora en el desarrollo de los Institutos con el fin de que crezcan y florezcan en todos modos³⁹.

5. Otros aspectos característicos de la vida consagrada

Con un carisma propio

Cada familia de vida consagrada tiene su propio carisma, que se traduce en una espiritualidad y en una misión o labor apostólica propia que la distinguen de las demás. Este carisma es el que da la personalidad a cada Instituto, así, los franciscanos se caracterizan por su vivencia de la pobreza evangélica, las hermanas de la caridad por trabajar con los más pobres de los pobres, etc.

Con una misión: ser testigos de Cristo en el mundo

La vida consagrada, además de responder a una vocación, siempre se dirige hacia una misión específica. Como dice Juan Pablo II: «más allá incluso

³⁵ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 18.

³⁶ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 21.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 21.

³⁹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 1964, 45.

de los carismas propios de los Institutos dedicados a la misión *ad gentes* o empeñados en una actividad de tipo propiamente apostólica, se puede decir que *la misión está inscrita en el corazón mismo de cada forma de vida consagrada*»⁴⁰.

El primer cometido misionero de las personas consagradas lo tienen hacia sí mismas. Ellas serán misioneras ante todo profundizando continuamente en la conciencia de haber sido llamadas y escogidas por Dios⁴¹.

Por otra parte, al orientar toda su vida hacia Dios, se convierten en «un signo verdadero de Cristo en el mundo [...] (haciendo) visible su presencia en la vida cotidiana»⁴².

En este horizonte común a toda la vida consagrada, se articulan vías distintas entre sí, pero complementarias. Por una parte se encuentran los religiosos y las religiosas dedicados íntegramente a la *contemplación*, que en un modo especial, son la imagen de Cristo en oración en el monte⁴³. También están las personas consagradas de *vida activa* que manifiestan a Cristo «anunciando a las gentes el Reino de Dios, curando a los enfermos y lisiados, convirtiendo a los pecadores en fruto bueno, bendiciendo a los niños y haciendo el bien a todos»⁴⁴. Por su parte, los miembros de los *Institutos seculares* realizan un servicio particular para la venida del Reino de Dios, «uniendo en una síntesis específica el valor de la consagración y el de la secularidad. Viviendo su consagración en el mundo y a partir del mundo»⁴⁵, «se esfuerzan por impregnar todas las cosas con el espíritu evangélico, para fortaleza y crecimiento del Cuerpo de Cristo»⁴⁶. Participan, para ello, en la obra evangelizadora de la Iglesia mediante el testimonio personal de vida cristiana, el empeño por ordenar según Dios las realidades temporales, la colaboración en el servicio de la comunidad eclesial, de acuerdo con el estilo de vida secular que les es propio^{47,48}.

⁴⁰ *Vita Consecrata*, 25.

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ Cf. *Lumen Gentium*, 46.

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ Cf. Pío XII, Motu proprio *Primo feliciter* (12 de marzo de 1948), 6: AAS 40 (1948), 285.

⁴⁶ *Código de derecho canónico*, c. 713 § 1; Cf. *Código de los cánones de las Iglesias orientales*, c. 563 § 2.

⁴⁷ *Código de derecho canónico*, c. 713 § 2. En este mismo c. 713 § 3 se habla específicamente de los «miembros clérigos».

⁴⁸ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, . 32

En, por y para la Iglesia

La vida consagrada ha sido siempre considerada como un don de Dios hacia la Iglesia. Así lo afirma Juan Pablo II en su exhortación apostólica “*Vita Consecrata*”:

La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu. [...] Todos somos conscientes de la riqueza que para la comunidad eclesial constituye el don de la vida consagrada en la variedad de sus carismas y de sus instituciones. Juntos damos gracias a Dios por las Órdenes e Institutos religiosos dedicados a la contemplación o a las obras de apostolado, por las Sociedades de vida apostólica, por los Institutos seculares y por otros grupos de consagrados, como también por todos aquellos que, en el secreto de su corazón, se entregan a Dios con una especial consagración⁴⁹.

La exhortación apostólica antes mencionada afirma que «*la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia* como elemento decisivo para su misión, ya que «indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana»⁵⁰ y la aspiración de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo⁵¹»⁵².

En el mismo documento se afirma que la vida consagrada pertenece íntimamente a la vida, santidad y misión de la Iglesia⁵³, que ha estado presente desde su comienzo, y que no le podrá faltar nunca como «uno de sus elementos irrenunciables y característicos, como expresión de su misma naturaleza»⁵⁴.

Se puede decir que, hasta cierto punto, las personas consagradas representan a la Iglesia ante los demás. Es por este motivo que tienen un compromiso de conocer y adherirse a las enseñanzas del Sumo Pontífice reinante y de los obispos⁵⁵.

⁴⁹ Números 1 y 2.

⁵⁰ Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad Gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 18.

⁵¹ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia, 44; Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelica Testificatio* (29 de junio de 1971), 7: AAS 63 (1971), 501-502; Exhort. ap. *Evangelii Nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), 69: AAS 68 (1976), 59.

⁵² JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 3.

⁵³ Cf. *Ibidem*.

⁵⁴ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 29.

⁵⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 46.

Vida fraterna

Un aspecto importante de la vida consagrada, es que se vive en comunidad, o como la Iglesia lo ha llamado tradicionalmente: en «vida fraterna»⁵⁶. Esto hace que las agrupaciones de vida consagrada se constituyan como familias espirituales, donde sus miembros son considerados como hermanos en religión.

Recibir la llamada para esta vocación no sólo comporta seguir al Señor, sino también, *vivir con otros* que han acogido y aceptado la misma invitación⁵⁷.

II. La formación de las personas consagradas

1. Una formación total y experiencial

Teniendo claro quiénes son estas personas y cuál es su misión en la Iglesia, es preciso considerar que no se nace siendo consagrado, sino que, una vez que se ha decidido serlo, es necesario iniciar un proceso formativo que ayude a responder a esa vocación no solo en el orden intelectual, sino sobre todo, en el vital⁵⁸. Lo que implica ayudar a ir adquiriendo los rasgos que permitan vivir ese estilo de vida. De esta manera, el fin primordial de la formación de las personas consagradas es «permitir que descubran, en primer lugar, asimilen y profundicen después, en qué consiste la identidad (de persona consagrada)»⁵⁹. En palabras de Juan Pablo II, el objetivo central del proceso de formación es «la preparación de la persona para la consagración total de sí misma a Dios en el seguimiento de Cristo, al servicio de la misión»⁶⁰.

De este objetivo central se desprenden dos estrategias generales⁶¹ para el proceso formativo: la de la *totalidad*, que implica que la formación abarque a la persona entera, previendo una «preparación humana, cultural, espiritual y pastoral, poniendo sumo cuidado en facilitar la integración armónica

⁵⁶ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 21.

⁵⁷ Cf. P.G. CABRA, *Tú, ¡Sígueme!*, 187-190.

⁵⁸ Cf. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos *Potissimum institutioni*, 1990, n. 29.

⁵⁹ *Potissimum institutioni*, 6.

⁶⁰ *Vita Consecrata*, 65.

⁶¹ A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo* (Itinerario formativo en la vida consagrada) (4ª ed.), Ediciones Sígueme, Salamanca 2005, 38.

de los diferentes aspectos»⁶²; y la de la *dinámica experiencial-sapiencial* cuyo principio básico es que sólo hay formación donde los valores y contenidos que se proponen son experimentados y gustados por quien se está formando⁶³. En este sentido, es menester que la formación no se quede exclusivamente en teoría.

2. Dinamismos pedagógicos involucrados

De acuerdo con Cencini⁶⁴, para lograr esta formación, han de intervenir los siguientes tres dinamismos relacionados con la tarea pedagógica: *educar, formar y acompañar*.

Educar, según su significado etimológico de *ex – ducere* = sacar fuera, se refiere al proceso de perfeccionamiento de las potencialidades de la persona. Desde esta perspectiva, la acción educativa lleva al conocimiento y a la plena realización del yo⁶⁵.

Formar hace referencia, en cambio, a un modelo preciso, a una manera de ser que la persona todavía no tiene pero que debe ir adquiriendo poco a poco. Por lo mismo, la formación no es un dinamismo de autorrealización sino de auto trascendencia; no sólo es conocimiento de uno mismo, sino descubrimiento de un nuevo y más verdadero yo, modelado de acuerdo con la verdad, bondad y belleza del ideal⁶⁶.

Acompañar significa hacer el camino juntos, «compartiendo el pan del camino de la fe, de la experiencia de Dios y de la sabiduría del espíritu»⁶⁷.

A modo de resumen se presenta el siguiente cuadro sobre estos tres dinamismos pedagógicos fundamentales: *educar, formar y acompañar*.

⁶² JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 65.

⁶³ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 40.

⁶⁴ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 13.

⁶⁵ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 13.

⁶⁶ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 13.

⁶⁷ Cf. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo* 13.

	Educar	Formar	Acompañar
Actividad pedagógica específica	E-vocar la verdad del yo para que sus potencialidades se realicen lo más posible.	Pro-vocar a la realización de un proyecto trascendente como forma y norma de vida.	Con-vocar corazón, entendimiento y voluntad, “toda” la persona, y llevar por un camino de conocimiento y experiencia y sabiduría.
Nivel del Yo	Yo actual	Yo ideal	Yo relacional
Modalidad educativa	Conocimiento y superación de sus puntos débiles.	Proponer a Cristo y su verdad, belleza y bondad objetivas como modelo.	Compartir con el joven un tramo del camino y de la vida.

Tabla 1. Dinamismos pedagógicos: educar, formar y acompañar⁶⁸

Si como se comentó anteriormente, la persona consagrada representa ante los demás a la Iglesia, se ha de considerar un dinamismo pedagógico más, que permita instruirla en la doctrina y costumbres de la Iglesia. De esta manera, el *enseñar* cobra especial importancia durante el proceso formativo de las personas consagradas.

3. Dimensiones y niveles en la formación

Como se mencionó con anterioridad, la formación de la persona consagrada ha de abarcar la *totalidad* de su ser, y no se ha de quedar en una simple formación religiosa. Para poder desempeñar bien su misión, los consagrados necesitan partir de una sólida base humana y cristiana⁶⁹ que les permita dar una respuesta adecuada a su vocación. Para lograrlo, es preciso que el proceso formativo considere las dimensiones que a continuación se explican, prestando siempre atención a los niveles mental (intelectual), volitivo (moral) y emotivo (afectivo) de la persona⁷⁰ en cada una de esas dimensiones.

Las dimensiones que ha de considerar el proceso educativo-formativo son la humana, la espiritual o religiosa, la apostólica y la intelectual.

⁶⁸ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 62.

⁶⁹ Cf. *Potissimum institutioni*, 33.

⁷⁰ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 12.

La dimensión humana

Esta ha de servir como base para las demás dimensiones, y tiene como objetivo el que la persona consagrada se conozca a sí misma y logre ser libre. Solamente sobre esta base se podrá después comenzar el verdadero y auténtico camino espiritual y apostólico.

La formación humana ha de comenzar por un proceso de *autoconocimiento*⁷¹ que ha de llevar a la persona a la aceptación de sí misma para de ahí poder dar el paso a la superación personal.

Un aspecto importante de la formación humana es el de la *madurez* en los tres niveles arriba mencionados: de mente, de corazón y de voluntad. La madurez de la mente lleva a la persona a descubrir y a comprender la verdad; la del corazón le hace sensible a la belleza; y la de la voluntad le permite optar por el camino del bien y de la bondad.

En la medida en que la persona sea capaz de descubrir la verdad objetiva e histórica de su vida, sea sensible y se sienta atraída por la belleza del ideal y opte por el bien, podrá hallar la *libertad interior* para responder a la llamada de su vocación. Y solamente en esa capacidad de respuesta libre, encontrará la confianza para entregarse libremente.

En el contexto actual los siguientes aspectos revisten una particular importancia en la formación humana de las personas consagradas: la libertad interior, la integración afectiva, la capacidad de comunicarse con todos, especialmente en la propia comunidad, la serenidad de espíritu y la sensibilidad hacia aquellos que sufren, el amor por la verdad y la coherencia efectiva entre el decir y el hacer⁷².

La dimensión espiritual o religiosa

Esta dimensión, que encuentra su soporte en la humana, tiene la primacía para la persona consagrada⁷³, porque contempla todo lo que se refiere al desarrollo de su fe, que es un aspecto fundamental para aceptar y seguir este estilo de vida, pues sin ella para sostener y fortalecer las motivaciones más profundas, no se puede vivir pobre, casto y obediente toda la vida.

La fe crece en la medida en que se es capaz de hacer una lectura en profundidad de la propia historia personal, captando una presencia que le da su

⁷¹ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 105.

⁷² JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 71.

⁷³ *Ibidem*.

significado y una lógica de coherencia y de providencia⁷⁴, que no se queda en el pasado, sino que se ha de aprender a descubrir, también, en los acontecimientos de cada día para que surja un modo nuevo de mirar al futuro que lleve a la esperanza.

Cuando se habla de educar o formar en la fe, hay que tener en cuenta sus dos componentes: uno *estático* y el otro *dinámico*⁷⁵. Por el *estático*, la fe se entiende como un acto de adhesión, sobre todo, mental, a un conjunto de verdades reveladas. Si esta aceptación es exclusivamente intelectual sin ser cuestionada por acontecimientos o interrogantes fuertemente contradictorios, tiende a garantizar los contenidos doctrinales, pero no su crecimiento. Por el contrario, el componente *dinámico* que implica además de la mental, la adhesión afectiva y volitiva, sienta las bases para una fe que se deja provocar por la vida y crece con ella. Ambos componentes son indispensables y se han de conciliar armónicamente, para que la fe crezca en medio de las circunstancias que le presenta la vida, sin que su contenido sufra cambios sustanciales.

La fe y el dinamismo de creer tienen unas dimensiones propias que se relacionan entre sí. Estas son: la fe *recibida*, fe *orada*, fe *personalizada* (es decir, vivida y traducida en obras), fe *estudiada*, fe *compartida* y fe *anunciada*⁷⁶. Para crecer en la fe, es necesario ejercitar estas dimensiones, a manera de cadena (una dimensión ha de conducir a la otra), de tal forma que se acostumbre a orar lo que se cree, a traducirlo en gestos concretos, a tratar de entenderlo con el esfuerzo del estudio serio y sistemático, y a compartir eso mismo con los demás, de donde surge el celo apostólico.

El docente de personas consagradas puede desempeñar ciertamente un papel importante en la formación de la fe de sus alumnos, primeramente transmitiéndoles las verdades de fe, sus principios y dogmas; y ayudándoles a comprenderlos, en la medida de lo posible, a valorarlos y a hacerlos propios. No es de menor importancia su testimonio de vida que muestra, aún sin querer, la manera cómo vive o no esta dimensión en su propia vida.

Un aspecto relevante dentro de la dimensión espiritual o religiosa de las personas consagradas, es el conocimiento y la identificación con el propio carisma. Por “carisma” se entiende el conjunto de características que dan identidad propia a cada familia religiosa, individualizándola y diferenciándola de otras, siendo el elemento principal de unión y cohesión de sus miembros. Es, se podría decir, el distintivo de familia de cada Instituto.

⁷⁴ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 140.

⁷⁵ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 148.

⁷⁶ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 149.

Si por formación, como ya se ha explicado, se entiende el «proponer una forma como norma de vida, el carisma es justamente esa norma específica con la que la persona es llamada a identificarse»⁷⁷. En este sentido, el carisma viene a ser la revelación del *yo ideal* al que están llamados los miembros de un Instituto. El carisma, de esta forma, da a la persona consagrada su sentido de identidad y de pertenencia. Es por este motivo que en esta dimensión convergen todos los aspectos o dimensiones anteriores, como en una síntesis que requiere una reflexión continua sobre la propia consagración en sus diversas vertientes, tanto la apostólica, como la espiritual (ascética y mística). «Esto exige de cada miembro el estudio asiduo del espíritu del Instituto al que pertenece, de su historia y su misión, con el fin de mejorar así la asimilación personal y comunitaria»⁷⁸.

En esta dimensión, el docente puede ser de gran ayuda para la persona consagrada en etapa de formación, especialmente si comparte su mismo carisma, simplemente a través de su ejemplo de vida.

La dimensión apostólica

Se entiende por apostolado aquella labor de servicio a los demás que tiene por finalidad transmitir el amor de Dios a los hombres, y puede tomar diferentes formas, según el carisma de la familia religiosa que lo desempeñe. Algunas lo realizan en hospitales, otras en escuelas, otras más en misiones, entre otras tantas.

Esta dimensión, en la práctica, se ha de traducir, de acuerdo con Juan Pablo II⁷⁹, en la actualización de los métodos y de los objetivos de las actividades apostólicas, en fidelidad al carisma del propio Instituto, teniendo en cuenta las condiciones cambiantes de la historia y la cultura, general o local, y del ambiente en que se actúa. Es de esperar que el docente ayude al alumno en estos aspectos.

Es importante que, tanto en la formación inicial como en la permanente, la persona consagrada considere esta dimensión como algo esencial y constitutivo de su vocación.

⁷⁷ A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 163.

⁷⁸ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 71.

⁷⁹ *Ibidem*.

La dimensión intelectual

Esta dimensión abarca lo que en otro contexto podrían ser los estudios universitarios. En la vida consagrada, esta preparación ha de estar siempre al servicio de la vocación y misión.

Es importante que las personas consagradas tengan un nivel cultural suficiente que les permita relacionarse adecuadamente con quienes van a servir, comprendiendo su realidad para poderla iluminar con la luz de la fe. Por otra parte, sin una preparación profesional específica de acuerdo con el carisma del Instituto (ya sea que se dediquen a la educación, a hospitales, a los medios de comunicación, etc.), difícilmente podrán desempeñar exitosamente su apostolado.

Juan Pablo II⁸⁰ dice lo siguiente al respecto:

Fundada en una sólida formación teológica que capacite al discernimiento, implica una actualización continua y una particular atención a los diversos campos a los que se orienta cada uno de los carismas. Es necesario por tanto mantener una mentalidad lo más flexible y abierta posible, para que el servicio sea comprendido y desempeñado según las exigencias del propio tiempo, sirviéndose de los instrumentos ofrecidos por el progreso cultural.

Pero esta dimensión no se ha de quedar en la adquisición de contenidos, sino que ha de prestar especial atención en ayudar al estudiante en formación a desarrollar las diferentes habilidades del pensamiento, como pueden ser las capacidades de analizar y de sintetizar, de relacionar, de reflexionar, etc.

Esta dimensión es en la que el docente tiene una mayor influencia ya sea a nivel de contenidos, como a nivel de desarrollo de habilidades del pensamiento.

4. Etapas en la formación de la persona consagrada

La vida consagrada «no es en sí misma sino un largo proceso formativo, más aún un proceso que nunca termina»⁸¹.

Es de esperar que cada Instituto tenga su propia *ratio institutionis*, o como lo explica Juan Pablo II⁸², «un proyecto de formación inspirado en el carisma institucional, en el cual se presente de manera clara y dinámica

⁸⁰ *Vita Consecrata*, 71.

⁸¹ A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 10.

⁸² JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 68.

el camino a seguir para asimilar plenamente la espiritualidad del propio Instituto».

Esta formación ha de ser permanente para ayudar a la persona consagrada a responder de modo adecuado a su vocación y misión a lo largo de toda su vida. A continuación se presentan las diferentes etapas por las que ha de atravesar.

Primeramente, está la *etapa de preparación previa a la consagración*. Esta puede tener distintos nombres, según el Instituto: candidato, postulante, prenoviciado, aspirante, etc. Su finalidad es dar a los candidatos el tiempo y los medios necesarios para madurar y demostrar que tienen la capacidad de ir asumiendo progresivamente las obligaciones que contraerán con su consagración⁸³. La duración de esta etapa dependerá de lo estipulado por cada Instituto, pero es muy importante que todos los aspirantes a la vida consagrada cuenten con una oportuna preparación previa a su consagración.

La siguiente etapa es la de la *formación inicial*, en muchos casos llamada noviciado o año de formación. Su finalidad consiste en que los nuevos consagrados conozcan mejor su vocación «tal como existe en el propio Instituto, que experimenten el modo de vida de éste, que conformen la mente y el corazón con su espíritu y que puedan ser comprobadas su intención y su idoneidad»⁸⁴, es decir, esta etapa es un tiempo de iniciación integral al género de vida que se ha elegido.

Dado que las personas que se consagran, no entran a este estilo de vida con el mismo nivel de cultura humana y cristiana, será necesario prestar una atención muy particular a cada una para caminar a su paso y adaptarles el contenido y la pedagogía de formación que se le propone⁸⁵.

Esta etapa inicial, puede durar uno o dos años, dependiendo de lo estipulado por cada Instituto.

Una vez pasado el noviciado o el año (o años) de formación, empieza propiamente un *período de estudios* más intensivo, que ha de durar por lo menos 3 años⁸⁶. El programa de estudios de esta etapa, ha de dar un puesto importante a la teología bíblica, dogmática, espiritual y pastoral, y en particular, la profundización doctrinal de la vida consagrada y del carisma del Instituto⁸⁷. También ha de cubrir una formación filosófica de base que

⁸³ Cf. *Potissimum institutioni*, 42.

⁸⁴ *Potissimum institutioni*, 45.

⁸⁵ *Potissimum institutioni*, 51.

⁸⁶ Cf. *Potissimum institutioni*, 60.

⁸⁷ Cf. *Potissimum institutioni*, 61.

«permita adquirir un conocimiento de Dios y una visión cristiana del mundo en estrecha conexión con las cuestiones debatidas en nuestro tiempo»⁸⁸, resaltando siempre la armonía que existe entre el saber de la razón y el de la fe para la búsqueda de la verdad. La tarea formativa se desarrollará necesariamente en comunión con la Iglesia católica y su magisterio, y en la obediencia filial a sus Pastores⁸⁹.

Concluidos los estudios iniciales, los cuales pueden o no terminar con un título académico, la formación continua de las personas consagradas sigue para el resto de su vida. Así se expresa en *Vita Consecrata* n. 98:

En la diversidad de los carismas y de las posibilidades reales de cada Instituto, la dedicación al estudio no puede reducirse a la formación inicial o a la consecución de títulos académicos y de competencias profesionales. [...] Una disminución de la preocupación por el estudio puede tener graves consecuencias también en el apostolado, generando un sentido de marginación y de inferioridad, o favoreciendo la superficialidad y ligereza en las iniciativas.

De esta manera, se espera que la formación inicial de las personas consagradas se engarce con la formación permanente que es «una exigencia intrínseca de la consagración religiosa»⁹⁰.

5. Mediaciones pedagógicas en el proceso formativo de las personas consagradas

Se puede hablar de tres grandes mediaciones pedagógicas en el proceso formativo de la persona consagrada, a saber, los *formadores*, la *comunidad* y el *ambiente*. A continuación se explicará cada uno de ellos.

La figura del formador

Tradicionalmente en la vida consagrada se ha llamado *formadores* a aquellos que, por oficio propio, ayudan a discernir la autenticidad de la llamada a la vida consagrada en la fase inicial de la formación; ayudan a los consagrados a descubrir «los caminos por los cuales parece que Dios quiere hacerlos avanzar»; los acompañan en el caminar diario, por medio de un «diálogo directo y regular»; y les ofrecen «un sólido alimento doctrinal y práctico de acuerdo con las etapas formativas en que se encuentren»⁹¹. Estos

⁸⁸ *Ibidem*.

⁸⁹ Cf. *Potissimum institutioni*, 23.

⁹⁰ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 69.

⁹¹ *Potissimum institutioni*, 30.

formadores, por su oficio, se convierten en los modelos por excelencia a imitar que tienen los consagrados durante su etapa de formación.

Es importante que tanto el formador, como el formando, sepan que la labor del primero es de mediación, es decir, que el resultado de la formación no depende totalmente de él. Como dice Cencini⁹²:

el modelo o patrono del formador no es ciertamente Atlante, que cree llevar a todo el mundo sobre sus hombros, sino Juan Bautista, que señala y anuncia a Otro, y no apunta a sí mismo; que prepara a la gente para que reconozca al que ha de venir, sin ponerse en su sitio; que hace todo lo posible para disminuir, porque Él es quien debe crecer en el corazón de sus discípulos.

Para poder asumir responsabilidades formativas de este tipo, además de contar con un conocimiento suficiente de la doctrina católica sobre la fe y costumbres, se revela evidente la exigencia de cualidades apropiadas tales como: la capacidad de intuición y de acogida; la experiencia madurada de Dios y de la oración; la sabiduría que deriva de la escucha atenta y prolongada de la Palabra de Dios; el amor a la liturgia y la comprensión de su papel en la educación espiritual y eclesial; la necesaria competencia cultural; la disponibilidad de tiempo y de buena voluntad para dedicarse al cuidado personal de cada candidato y no solamente del grupo; en resumen, esta tarea requiere: serenidad interior, disponibilidad, paciencia, comprensión y un verdadero afecto hacia aquellos que han sido confiados a la responsabilidad pastoral del educador⁹³.

Esta labor formativa, es responsabilidad no de una persona única, sino de un equipo formador⁹⁴, que actúa bajo la dirección del superior o director de formación. Dentro de este equipo formador entra la figura del *docente* en los centros de formación, de la cual se hablará más extensamente en el siguiente capítulo.

La mediación pedagógica de la comunidad

Juan Pablo II, en la exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata*⁹⁵ especifica que la formación de los consagrados ha de ser *comunitaria*, es decir, que la comunidad no sólo es el lugar adecuado para que se dé dicha

⁹² A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 51.

⁹³ Cf. *Potissimum institutioni*, 31.

⁹⁴ Cf. *Potissimum institutioni*, 32.

⁹⁵ Cf. n. 67.

formación, sino que además, es un sujeto agente de la formación, no sólo en la etapa inicial, sino durante toda la vida del consagrado⁹⁶.

Es en la comunidad donde el consagrado encuentra el ejemplo de los «hermanos mayores»⁹⁷, quienes ayudan a conocer y a gustar el nuevo estilo de vida. Desde esta perspectiva, la formación se ve como un «servicio fraterno»⁹⁸.

Se puede decir que la comunidad *educa*, porque al vivir con otros se hacen evidentes muchos aspectos de la personalidad (tanto positivos como negativos) que de otra forma no se podrían conocer, y por lo mismo, no se educarían. La comunidad ayuda, muchas veces, a sacar lo mejor de cada uno.

Pero no se queda ahí, la comunidad también *forma* por ser la depositaria del carisma como género de vida de la persona consagrada. Se puede decir que una comunidad es formadora en la medida en que permite a cada uno de sus miembros crecer en la fidelidad al Señor según el carisma del Instituto⁹⁹. Para lograr su cometido formativo, la vida en comunidad cuenta con algunos elementos que facilitan ampliamente esta labor, como son: la posibilidad de entablar relaciones personales y el trato afectivo entre sus miembros; la conciencia de tener en común con los demás hasta la identidad, es decir, el saber que se comparte el mismo llamado y la misma misión; la regularidad y estabilidad de la vida comunitaria (con su horario y estilo de vida propios), todo esto posibilita realmente el progresar juntos hacia el ideal común¹⁰⁰. Gracias a estos elementos, es en la comunidad donde los consagrados pueden encontrar esos “modelos” que les muestran la manera de encarnar o hacer vida el carisma al que se sienten llamados.

La comunidad, además, *acompaña* a la persona en su proceso de crecimiento, compartiendo el mismo pan, la misma fe, el mismo carisma, la misma alegría de pertenecer a Dios, convirtiéndose así en la nueva familia del consagrado.

La vida comunitaria, como se señala en *Vita Consecrata*, ha de mostrar la dimensión intrínsecamente misionera de la consagración, por lo que se pide que se introduzcan, ya desde el período de formación inicial, «experiencias concretas que permitan ejercitar, en diálogo con la cultura circun-

⁹⁶ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 63.

⁹⁷ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 66.

⁹⁸ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 10.

⁹⁹ Cf. *Potissimum institutioni*, 27.

¹⁰⁰ Cf. *Potissimum institutioni*, 26-28.

dante, las aptitudes apostólicas, la capacidad de adaptación y el espíritu de iniciativa»¹⁰¹.

Por ambiente educativo se entiende el conjunto de características y condiciones tanto internas como externas en las que se da el proceso formativo¹⁰². Este ambiente, en ocasiones, llega a influir de manera decisiva en los resultados del proceso.

El ambiente “interno” por así llamarlo, depende de las personas que forman la comunidad educativa y la calidad de sus relaciones. Para que este ambiente sea educativo Cencini¹⁰³ propone las siguientes tres condiciones ecológicas internas:

Coherencia: entre los mensajes educativos explícitos y la realidad concreta de la vida. Pues es bien sabido que se aprende más del testimonio del educador que de sus palabras. Ya decía Guardini¹⁰⁴ que el primer factor educativo es «lo que el educador es; el segundo, lo que el educador hace; y sólo en tercer lugar lo que el educador dice».

Esta coherencia no sólo se refiere al educador o al formador en cuanto tal, sino a todos los miembros que viven en la comunidad, dado que todos comparten la misma vocación y misión.

Capacidad de provocación: «El ambiente educa y forma en la medida en que pro-voca, que etimológicamente significa ir más allá, avanzar sin cesar en el camino y superarse, impidiendo que uno se pare y se conforme con el tramo que ha hecho»¹⁰⁵.

Dentro del ambiente se encuentra la presión grupal que, como fuerza neutral que es, puede mover y orientar tanto hacia el entusiasmo de una opción creativa, como hacia la inercia de la una mediocridad comfortable. «La fraternidad que educa no es un lugar de complacencia, sino de mutua edificación»¹⁰⁶. Por este motivo, es necesario que el ambiente que reine en la comunidad sea motivante y siempre estimulante para sus miembros. Si esto se logra, el grupo se convierte en un gran aliado de la formación, pues llega a ser más eficaz y contundente que la acción del formador solo.

Sentido de responsabilidad: El ambiente de la comunidad sólo será educativo para la persona recién consagrada en la medida en que le ayude a

¹⁰¹ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 67.

¹⁰² Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 73.

¹⁰³ *Los sentimientos del Hijo*, 73.

¹⁰⁴ Cf. R. GUARDINI, *Le età della vita*, Milano 1992, 55.

¹⁰⁵ A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 77.

¹⁰⁶ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 79.

ser una persona adulta y responsable. Es importante que la persona considere que la comunidad se construye entre todos en la medida en que cada uno aporta sus propios talentos (cualidades y características propias) y acepta y acoge los de los demás.

Pero no solo educa el *ambiente interno*, sino también el *externo*, entendido como el conjunto de condiciones y características que facilitan y hacen más incisivo el proceso de maduración¹⁰⁷. Estas características van desde las instalaciones hasta los horarios, el equilibrio entre los tiempos de estudios y tiempos de práctica apostólica, etc., que irán variando según los objetivos de la etapa de formación por la que se pase. En el *prenoviciado o candidatado*, es importante, por ejemplo, que el o la joven se encuentre en un ambiente que le ayude a conocer el carisma del Instituto, y al mismo tiempo que favorezca el discernimiento vocacional. El *noviciado* o lugar para la primera etapa de formación, por su parte, ha de ser uno que propicie el silencio del mundo y el encuentro con Dios. La siguiente *etapa de estudios* ya requiere una combinación equilibrada entre la dimensión apostólica y la religiosa, y así, cada etapa va teniendo sus propios requerimientos. De aquí la importancia de que los centros de formación propicien un ambiente formativo.

Conclusión: sobre la formación de las mujeres consagradas

Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Vita Consecrata*, dedica un apartado completo a la mujer consagrada, donde, además de reconocer su aportación a lo largo de la historia de la espiritualidad, reitera la confianza que la Iglesia tiene depositada en ella esperando su aportación original para promover la doctrina y las costumbres de la vida familiar y social, especialmente en lo que se refiere a la dignidad de la mujer y al respeto de la vida humana¹⁰⁸.

En ese mismo apartado, especifica la necesidad de que la mujer consagrada reciba una educación sistemática, que abarque todos los campos, desde el teológico-pastoral hasta el profesional¹⁰⁹.

Y concluye reiterando «a las mujeres consagradas y a su extraordinaria capacidad de entrega, la admiración y el reconocimiento de toda la Iglesia, que las sostiene para que vivan en plenitud y con alegría su vocación, y se sientan interpeladas por la insigne tarea de ayudar a formar la mujer de hoy»¹¹⁰.

¹⁰⁷ Cf. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, 83.

¹⁰⁸ Cf. n. 58.

¹⁰⁹ Cf. *Ibidem*.

¹¹⁰ *Ibidem*.